

el que les han opuesto en Europa el clero i los hon-  
 ques ilustrados del catolicismo. Formar un clero  
 instruido i virtuoso es la primera necesidad de  
 la Iglesia en Hispano-América, i mucho mas en  
 la Nueva Granada en que las nuevas ideas han  
 tomado tanto vuelo, i se ha consignado en las  
 instituciones políticas el principio de la absoluta  
 libertad religiosa, libertad que ningun católico  
 puede admitir sino en el sentido de que cada  
 uno practique la Religión en que haya nacido sin  
 atacar la creencia i el culto de otro; mas no que se  
 venga expresamente a atacar con la predicacion, la  
 creencia nacional sin mas objeto que descatolizar el  
 país, como lo ha empezado a hacer Monsalvatge. Esta  
 tolerancia no es de ningun modo admisible, como  
 muy bien lo ha demostrado el Editor de la *Situa-  
 cion de Medellín*, en el artículo que reprodujimos en  
 nuestro número anterior, i por lo cual no ha faltado  
 quien condene a la hoguera nuestro papel i censure  
 amargamente al Prelado que autoriza i permite su  
 circulacion. Este hecho que ha pasado el jueves úl-  
 timo en el mismo lugar de expendio del periódico i  
 delante de varias personas, está comprobando a to-  
 das luces, cuán necesario es que el clero sea ilus-  
 trado para que entre en el fondo de las cuestiones  
 i de las doctrinas, i no se deje impresionar por la  
 simple enunciacion de las palabras, prestando a los  
 enemigos de la Iglesia nuevas armas con que com-  
 batir a sus leales amigos que procuramos defenderla  
 en la lucha en que otros, con mas medios i obliga-  
 cion que nosotros, permanecen silenciosos especta-  
 dores. Es probable que nuestras advertencias, hijas  
 de nuestra sinceridad, del amor i del deseo de la pros-  
 peridad de la Iglesia, sean recibidas por algunos  
 con enfado, con desdén i escándalo por otros; pero  
 no importa: muchos sabrán aprovecharlas i al fin se  
 logrará generalizar el objeto que nos proponemos,  
 que es llamar la atencion de los Prelados i del clero  
 de todas las Diócesis de la República a la necesi-  
 dad de instruirse profundamente para combatir los  
 errores modernos i las tendencias del siglo en que  
 vivimos, para que no desaparezca la ortodoxia del  
 continente sur-americano.

La mision pastoral tiene ademas otros deberes,  
 i supone otros conocimientos adicionales para el bien  
 material de la sociedad, que indica bastantemente bien  
 el artículo de que hablamos al principio del presente,  
 i que dice así:

#### Curas.

Los curas de almas ejercen una influencia grande sobre  
 las conciencias de sus feligreses, i este poderoso imperio,  
 manantial fecundo de males i desgracias cuando la igno-  
 rancia o un espíritu de feroz persecucion se apoderan de  
 él; viene a ser una fuente perenne de bienes, i el agente  
 poderoso de la prosperidad i grandeza de los pueblos,  
 siempre que un espíritu ilustrado i zeloso del bien de los  
 hombres los ayuda i los dirige. Apoyados en tales princi-  
 pios, es que vamos a indicar los medios que creemos debe-  
 rian emplearse por nuestro Gobierno i por los Prelados  
 eclesiásticos, para reformar el clero i darle toda la res-  
 pectabilidad que él se merece cuando es sabio i virtuoso.  
 Pensamos, i fundados en muy sólidos i útiles principios,  
 que todos los eclesiásticos i mas particularmente los curas,  
 deben ser hombres llenos en ciencia i en virtud: para obte-  
 ner un beneficio curado el candidato debe haber hecho su  
 carrera de estudios con lucimiento i verdaderos adelanta-  
 mientos, debe ser un Doctor en cánones i teología, por lo  
 menos, i a mas de esto, tener conocimientos en agricultura,  
 en medicina, en filosofía i en literatura; i convendria sobre  
 manera que fuese natural del lugar de su beneficio, pues  
 es grande i conocido el interes que se toma por la tierra  
 que nos vio nacer.

Requisitos son estos de que no puede prescindir ni el  
 Gobierno de un Estado, ni un Prelado zeloso de la propa-  
 gacion de la fé; porque cuando se parece de ellos, la Religión

sufre mengua i descrédito, el Estado desgracias, miserias,  
 privaciones i guerras civiles. i hasta el mismo beneficiado  
 padece mucho en su reputacion; porque siendo cierto que  
 nosotros juzgamos de las personas por lo que son en sí,  
 i por las relaciones que tienen con las cosas, no es teme-  
 rario ni injusto el fallo que echamos sobre ciertos ecle-  
 siásticos que, confinados a un lugar desprovisto i destituido  
 de sociedad, carecen de los adornos indicados; cuando  
 creemos que su ignorancia en la Religión les hace come-  
 ter mil errores i herejias en su ministerio, i que su caren-  
 cia de ilustracion los condena a llevar una vida monótona  
 i desagradable, que es preciso amenizar, aunque sea con  
 la disipacion, con el juego, con la lubricidad, i con los  
 vicios que en todas partes encuentran cooperadores. No  
 sucede lo mismo cuando se poseen conocimientos: ellos  
 son un recurso en las soledades de la vida, un consuelo  
 en las desgracias i un semillero de placeres inocentes. Que  
 la Religión pierda mucho, es una verdad, por desgracia,  
 demasiado palpable en estos tiempos en que es una moda  
 ridicularizar a sus ministros i a sus misterios, i en que es  
 una prueba de saber i de talento conculcar sus fundamen-  
 tos. ¿Todo esto de donde procede? de la ignorancia de  
 nuestros clérigos i de la falta de virtudes; porque i qué  
 temerario osaria atacar una religión que tuviese ministros  
 tan penitentes como San Jerónimo, tan sabios como Santo  
 Tomas, tan profundos como San Agustín i tan elocuentes  
 como San Juan Crisóstomo! En Francia, cuando la im-  
 piedad se desencadenaba, i cuando los hombres mas ins-  
 truidos i elocuentes que hubo nunca en este partido la  
 sostenian con todas sus fuerzas, la Religión de Jesucristo  
 resaltó mas, i sostenida por el clero mas sabio, i defendida  
 por Bossuet, por Masillon, por Fenelon, por Bourdaloue  
 i tantos otros, ella se hizo respetar i querer por su hu-  
 manidad i sencillez.

Justo es tambien que hagamos una reseña de los  
 bienes que el clero ha proporcionado a las socieda-  
 des; i de aqui podremos deducir cuanto nos es dado espe-  
 rar del nuestro, cuando el Gobierno i los Prelados eclesiás-  
 ticos tomen todo el zelo e interes que reclama una clase  
 tan importante. La Europa entera debe al clero secular i  
 regular el renacimiento i extension de la agricultura; lo  
 mismo que la benéfica fundacion de hospicios, colejos,  
 hospitales, escuelas, i las universidades sabias que hoy se  
 admiran en las naciones cultas del viejo continente fueron  
 fundadas i orijinariamente dirigidas i sostenidas por los  
 clérigos; pues entonces habia ilustracion i virtud, i mas que  
 todo, interes por la felicidad de los hombres, sin que se  
 liciera sentir la avaricia criminal de algunos ministros,  
 del oro que esteriliza la tierra i estaciona los progresos  
 del labrador. La América misma debe en gran parte la  
 atrasada agricultura de sus inmensos i fértiles desiertos a los  
 trabajos de los primeros misioneros i conquistadores reli-  
 giosos de esta tierra. Todo nos viene orijinariamente de la  
 Religión; por que nuestros padres eran bárbaros a quienes  
 el cristianismo estaba obligado a enseñarles hasta el arte  
 de alimentarse.

Si registramos las crónicas de los tiempos pasados nos  
 convenceriamos mejor de esta verdad. La mayor parte de  
 las concesiones hechas a los monasterios en los siglos me-  
 dios, eran tierras baldias que los monjes cultivaban con  
 sus propias manos: florestas salvajes, pantanos intransita-  
 bles, i lagunas inmensas, fueron la fuente de esos tesoros  
 justamente ganados, que luego la envidia echó tanto en  
 cara a los clérigos. San Bernardo i sus discipulos fecundiza-  
 ron los valles incultos que les cedió Thibaut, conde de Cam-  
 paña; el monte Casini en Italia no era otra cosa que un  
 profundo desierto: San Benito se retiró allí, el país mudó  
 de aspecto en breve, i la nueva abadía vino a ser tan opu-  
 lenta por sus trabajos, que estuvo en estado de defenderse  
 en 1057 contra los Normandos que le hicieron la guerra, i  
 San Bonifacio con todos los religiosos de su orden comenzó  
 el cultivo de las tierras en los cuatro obispados de Baviera.  
 Cansariamos a nuestros lectores si hubiésemos de recorrer  
 los terrenos inmensos en que las manos sagradas del clero  
 abrieron surcos i regaron semillas, i si la Religión ha poblado  
 los desiertos i hermoseedo los campos, se debe esto a sus  
 sacerdotes.

Las razones históricas que dejamos alegadas son por sí  
 bastante demostrativas para afirmar los principios que he-  
 mos establecido, para decir que los curas deben ser hom-  
 bres de ciencia i de virtud; pero hai razones filosóficas  
 todavia mas convincentes. No basta solo tener conoci-  
 mientos de la ciencia de la religión, ni poseer las virtudes

...esteras de una penitencia estremada, que dejenera siempre en un acetismo que hace a todos los contemplativos seres insociables e inútiles a sus conciudadanos. Consideremos al hombre tal cual es, conozcamos el corazón humano i no nos engañaremos. La Religión, si bien es verdad que es para él un freno que contiene sus atentados, una guía que arregla su conducta, i un estímulo poderoso para obrar el bien; sin embargo, ella es un objeto secundario de que se apela cuando han faltado todos los recursos humanos. El hombre tiene necesidades que satisfacer, dolores que remediar i desgracias que consolar, i para esto tanto necesita una religión, como una sociedad bien establecida donde haya orden, virtudes i medios de satisfacer sus privaciones. En pueblos nacientes i poco ilustrados como el nuestro, la necesidad de todos estos requisitos es mucho mas palpable: aquel consulta sobre el tiempo, en que debe hacerse la siembra, este quiere saber como podía fecundizarse la tierra, aquel quiere saber qué terreno será mas propio para el cultivo de una planta, el padre quiere un consejo i un maestro para su hijo, la esposa viene desolada i llena de lágrimas a pedir un remedio para su esposo agonizante, i en nuestros miserables lugares, destituidos de recursos; a quien ocurrir sino al Cura del pueblo a quien juzgan con razon un hombre ilustrado i capaz! Véase pues como es cierto que las cualidades que hemos indicado son esenciales, i que si nuestros curas las poseyeran, bien pronto veríamos perfeccionada nuestra agricultura, organizadas i bien dirigidas las escuelas, engrandecidas las poblaciones, i poblados nuestros desiertos: ¡ib que es mas que todo, una Religión de paz i de beneficencia, realizando acá en la tierra nuestro bien estar, i aquella suspirada felicidad que anhelamos sin cesar.

## INTERIOR.

### La bandera monumental.

La hermosa bandera de que hablamos en nuestro número 168, recibida por las señoras de Bogotá a las de Marinilla, fué acompañada con una carta fechada el 26 de agosto, cuya copia no habíamos querido publicar esperando hacerlo junto con la contestacion que ella mereciera; i no habiendo podido obtenerla, damos hoy a luz aquella carta de que fué portador el mismo respetable eclesiástico que condujo la bandera la cual recibió la bendición religiosa por mano del Illmo. Obispo de Antioquia, i fué entregada a la guardia nacional de Marinilla despues de una solemne ceremonia que tuvo lugar el 20 de setiembre, segun lo anuncia *La Situación* de Medellín. Copiamos de aquel periódico el discurso que al entregar la bandera pronunció el Sr. Dr. Barreto, i el de contestacion de una de las señoras que la recibieron, i que puede en cierto modo considerarse como respuesta a la carta siguiente:

A LAS JENEROSAS SEÑORAS DE MARINILLA,

Bogotá, 26 de agosto de 1855.

Señoras i amadas compatriotas nuestras;

Por fin ha llegado el día en que las hijas de Bogotá podamos dirigir la sincera expresion de gratitud que debemos a vuestra jenerosa preferencia i a vuestra tierna amistad. Por fin ha llegado el día en que podamos ofrecer en cambio de aquella hermosa i santa Bandera que confiasteis para nuestra defensa al valor i a la lealtad de vuestros bravos campeones; de esa Bandera que ellos llevaron con honor hasta ponerla triunfante en nuestras manos, i que hoy tenemos nosotros la dicha de guardar con religioso respeto; en cambio de esa gloriosa Bandera testigo de los sacrificios, de la abnegacion, de la intrepidez i de la virtud de los hijos de Antioquia; una bandera sin glorias i sin precedentes, que solo ha sido testigo de nuestros afectuosos pensamientos, i de las lágrimas de gratitud que han humedecido nuestros ojos al recordar vuestro noble proceder; una bandera que no tiene otros recuerdos que los que vuestras manos le han dado al colocar sobre ella el escudo de armas de la República, las coronas de olivo i de laurel que vuestras bravas dejaron a nuestros pies el glorioso 4

de diciembre, i el ramo de flores simbólicas que os ofrecemos como testimonio de nuestra amistad. ¡Ah! ¡Ojalá ella sepa decir a las jeneraciones venideras cuanta fué la gloria de la jenerosa compasion que nos dispensasteis, i de los grandes sacrificios que nos ofrecisteis! ¡Ojalá ella sepa decirles cuanto fué el poder de vuestras gracias, de vuestros atractivos, de vuestra belleza i de vuestra virtud sobre el corazón de vuestros compatriotas! ¡Ojalá ella guarde sobre sí el recuerdo de nuestro sincero reconocimiento a vuestra incomparable bondad, i sea la prenda querida de nuestro recíproco amor.

¡Oh nobles hijas de la risueña i católica comarca de Marinilla! Mui bien pueden envidiaros las hijas de esas grandes i opulentas ciudades de Europa, en donde habiendo perdido la fé una parte de su imperio, han perdido tambien la belleza i la virtud la mayor parte de su poder! Bien pueden envidiaros aquellas respetables matronas que vieron caer bajo la cuchilla sangrienta de la guillotina las cabezas de sus reinos i de sus madres, al saber cuanta ha sido la prontitud i la noble complacencia con que los hijos de esa comarca feliz, al oír vuestra voz tomaron las armas i volaron a ofrecer su vida en defensa de las instituciones, del orden i la moral, i por la libertad de sus aflijidas compatriotas aprisionadas por una faccion tan audaz como aterradora. Bien pueden envidiaros al saber que vuestros esposos, vuestros hijos, vuestros hermanos, cumplieron vuestros deseos ayudando a romper nuestras cadenas i a devolvernos la paz, i os hicieron partícipes de sus glorias, así como vosotras los habiais hecho partícipes de vuestra creencia i de vuestra piedad. ¡Oh! Por esto, porque habeis sabido conservar en vuestro corazón i en el de vuestros deudos i amigos el tesoro de la fé i de las virtudes que recibisteis de vuestros padres; por eso es que habeis conservado vuestro poder i habeis alcanzado tanta dicha. Dad pues, gracias a los cielos por ella, nobles amigas; i sed siempre felices con la memoria de vuestros jenerosos sacrificios; con el respeto i santo amor que habeis sabido inspirar a vuestros conciudadanos; con el poder i la majestad de esa corona que el Evangelio ha colocado sobre las sienes de sus hijas, i que vosotras no habeis abdicado nunca. Sed felices llevando en vuestras manos el cetro que la inocencia i las costumbres patriarcales de vuestros mayores os legaron, i que vosotras habeis guardado sin mancha. I cuando, lo que los cielos no quieran, venga un día de peligro para la moral, para la paz i para la virtud, en esta tierra de oscilaciones i de combates, llamada de nuevo a vuestros mil valientes, poned en sus manos esa bandera que nuestro amor consagra a vuestra gloria, i decidles: «Id a salvarlas o a morir en la demanda.» Entonces esas palabras mágicas que nunca serán estériles en vuestros labios, volarán a producir millares de héroes, i a daros por fruto millares de victorias.

Aceptad pues, amadas compatriotas, este recuerdo del poder de vuestra virtud, de la gloria de vuestros conciudadanos, i del sincero i eterno reconocimiento de las señoras de Bogotá, a quienes tienen el honor de representar

Vuestras obedientes servidoras.

JULIANA TORRES.—SILVERIA ESPINOSA DE RENDON.

DISCURSO PRONUNCIADO EL 20 DE SETIEMBRE EN LA PLAZA DE MARINILLA, POR EL DR. INDÁLECIO BARRETO.

Señoras, Hijas de Marinilla,

Vengo en esta ocasion solemne, a llenar un deber, que me es mui caro i mui sagrado: vengo a desempeñar